

Recensiones

José Comblin. *El Espíritu Santo y la liberación*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1987, 247 páginas.

Al presentar este libro resaltaría que estamos ante un aporte que puede ser extraordinariamente dinamizador. Su autor ya había comunicado sus ideas relativas al Espíritu Santo en su libro de 1982: *Tiempo de acción. Ensayo sobre el Espíritu y la historia*. Ahora ha logrado escanciarnos lo más central de sus aportes en menos de la mitad de páginas de las del gran ensayo.

La tesis histórico-teológica de Comblin diría aproximadamente lo siguiente: la gran novedad de nuestra época, a partir de Vaticano II, es la experiencia del Espíritu Santo. Es una novedad en la que apenas estamos entrando. Su signo mayor no es el movimiento de renovación carismática —aunque en éste hay aspectos importantes y muy positivos, unidos a ambigüedades—, sino la Iglesia pobre y de los pobres. “La vuelta de las Iglesias a los pobres va acompañada de una renovación de la conciencia del Espíritu Santo. La teología tradicional decía que los fenómenos espirituales de los primeros tiempos habían desaparecido porque ya no eran necesarios: la fuerza de la Iglesia los hacía innecesarios para confirmar la fe de los fieles. ¿No habrá sido más bien lo contrario? ¿No habrá sido la fuerza (humana) de las iglesias la que ha cerrado las puertas al Espíritu y sus dones? ¿No será normal que la Iglesia recupere los dones del Espíritu Santo en el momento en que deja de confiar en su fuerza económica, política, social y cultural para ser de nuevo una Iglesia pobre, de gente pobre?” (p.10).

El libro está dividido en seis partes: 1) La experiencia del Espíritu Santo; 2) El Espíritu Santo en el mundo (sobre la misión y la historia); 3) El Espíritu Santo en la Iglesia; 4) El Espíritu Santo en las personas (sobre la espiritualidad); 5) Las dos manos de Dios (sobre el Espíritu y Cristo); 6) El Espíritu Santo y la Trinidad.

Del capítulo primero —que presenta una amplia pneumatología en la historia bíblica y en la historia de la Iglesia— resaltaré dos cosas. En primer lugar la provocativa afirmación de que desde fines del siglo segundo el Espíritu ha quedado marginado en la teología y en la vida, reduciendo el Espíritu a la Iglesia y masculinizándolo; y de que el desafío del ateísmo moderno no podrá enfrentarse sin una recuperación radical de la experiencia del Espíritu. En segundo lugar, la riquísima descripción que hace Comblin de la experiencia del Espíritu en

América Latina como experiencia de acción, de libertad, de palabra, de comunidad y de vida.

“El Espíritu en el mundo” nos presenta al Espíritu trabajando toda la realidad hacia el reino, el hombre nuevo y la resurrección, en los procesos mismos de la historia, especialmente desde los pobres y la acción liberadora. Esta perspectiva es la superación radical de todo eclesiocentrismo.

“El Espíritu en la Iglesia” ofrece una dinamización de la comunidad cristiana en su esencia, oficios y ministerios desde el Espíritu inmanipulable.

“El Espíritu en las personas” ilumina el reto de la nueva espiritualidad liberadora. De ahí resalto el siguiente texto, entre muchos otros textos iluminadores: “Se trata de crear un nuevo modelo partiendo de la ruina de los anteriores. Por eso las mayores personalidades de la Iglesia latinoamericana dan impresión de creatividad y de invención... El signo de la presencia del Espíritu es la aceptación de la búsqueda en las tinieblas y en la inseguridad, la fidelidad cuando no se sabe el rumbo con certeza, la perseverancia confiada. Al final aparecen personalidades fuertes, iluminadoras, que irradian la presencia de Cristo y aparecen como nuevos Cristos en medio del pueblo. Las noches famosas se viven en medio de luchas de liberación y de los nuevos desafíos con que todos nos encontramos” (pp. 168-9).

“Las dos manos de Dios” nos presenta la superación del cristomonismo, sobre todo occidental, a partir de la famosa imagen de san Ireneo que habla de Cristo y el Espíritu como de las dos manos de Dios.

En “El Espíritu y la Trinidad” sintetiza con gran madurez y sencillez las perspectivas dogmáticas y contemplativas más hondas de la gran tradición: la cuestión del *Filioque*, el Espíritu como amor, como don y como vida. A pesar de la amplitud de la temática se trata de un libro fácil, que no sólo puede servir como un buen texto para los cursos sobre Dios, sino también para una muy nutricia y dinamizante lectura espiritual.

J. J. L.

Antonio González Dorado. *De María conquistadora a María liberadora. Mariología popular latinoamericana*, Santander: Sal Terrae, 1988, 142 páginas.

Este estudio consiste en un acercamiento crítico interesante y novedoso a la teología mariana que subyace en el catolicismo popular latinoamericano con la finalidad de alcanzar un conocimiento más ajustado de la María en quien cree nuestro pueblo y de conocer más profundamente al propio pueblo a través de las expresiones con las cuales ha recreado como latinoamericana a María (p. 15).

González Dorado usa la abundante bibliografía existente sobre la piedad mariana y sus manifestaciones en América Latina. Pero no se queda ahí, sino que

intenta desentrañar las raíces teológicas subyacentes en dicha piedad. Sobre esto último no hay nada escrito aún, quizás, como él mismo observa, porque nunca se ha considerado al pueblo como teólogo. En este sentido, el ensayo que comentamos es muy novedoso y sugerente.

La pregunta fundamental es sencilla, pero profunda, a qué Virgen María se refiere el pueblo latinoamericano cuando la venera y piensa en el misterio de fe. Desde la experiencia latinoamericana no se puede dar por supuesto que todos creemos en la misma Virgen María.

Aquí es donde quiere llegar González Dorado. Su tesis fundamental sobre la experiencia mariana latinoamericana tiene sólidas raíces neotestamentarias. En efecto, en el Nuevo Testamento las afirmaciones sobre la María pascual se despliegan paulatinamente en amplitud y hondura originando los dogmas marianos y diversas Marías, cada una de las cuales es una historia de fe de los creyentes en ella y al mismo tiempo, siempre se expresa en una nueva historia de la María viva, que vive también en la fe de su pueblo (p. 36).

En el Nuevo Testamento hay apoyo suficiente para sostener esta tesis. Los datos biográficos de la María histórica son sencillos y sobrios. La María de la fe del Nuevo Testamento surge a partir de la resurrección de Jesús, dada su relación de maternidad con él (p. 31). El fulcro sobre el cual gravita la María de la fe es la nueva comprensión de la maternidad y del parentesco desde el Cristo resucitado. De esta forma, la fe en Cristo resucitado hace descubrir en la madre de Jesús a la creyente María. Aquí se encuentra la clave para interpretar a la María de los capítulos primero y segundo de Mateo y Lucas (p. 32).

En América Latina se ha pasado de María *la conquistadora* a María *la liberadora*, de ser la madre y protectora de los conquistadores y opresores ha pasado a ser la madre de los pobres y de los oprimidos, quienes no se quedaron sin madre (p. 49). En este proceso, el autor descubre tres momentos de inserción privilegiados: Guadalupe, Copacabana y la Virgen de los movimientos de liberación durante las luchas independentistas. Esta es la parte más interesante del libro de González Dorado; lástima que se haya quedado a nivel de sugerencias, ricas por cierto.

La maternidad es la clave para aproximarse a María en América Latina. Para ello, González Dorado parte de tres factores de la cultura popular latinoamericana, el machismo, la opresión y la predominante experiencia campesina. En la maternidad popular latinoamericana aparece la fe en la maternidad de María. De ella el pueblo dice con alegría y esperanza *es mi Madre* con toda la resonancia cultural con la cual un hijo latinoamericano lo dice de su propia madre (p. 72).

En la maternidad se subraya la dimensión de María como *mi Madre y nuestra Madre*, es decir, se resalta de una manera especial la relación de maternidad y

filiación entre María y el pueblo. Esta relación afectiva y vital es fundamental para la configuración de la teología mariana en América Latina (p. 63).

En esta piedad popular mariana latinoamericana se dan tres notas muy características: a la Virgen se la exalta hasta límites insospechados, se la humaniza y se la acerca a la vida del pueblo, y se la concreta y localiza en imágenes y espacios determinados. Este triple movimiento, según González Dorado, surge por sentirla como *madre nuestra* (p. 75).

Ni el dogma de la inmaculada concepción ni el de la asunción han tenido dificultad para la religiosidad popular latinoamericana. La Inmaculada Concepción es el ideal de madre y de hogar que se opone al contexto real de un universo violento y mentiroso, cargado de todo tipo de maldades, donde tiene que desenvolverse *el macho y el oprimido*. Ella es la madre en quien descubren la ausencia de pecado, de violencia y de mentira (p. 77). Tampoco el dogma de la asunción ha tenido dificultad porque los latinoamericanos nunca han visto en *su madre María* la reducción funeraria popular y clásica de *la ánima*. La madre está viva y es la Señora o Madre del Cielo (p. 77).

Lo más curioso es cómo el pueblo incorpora con la mayor naturalidad la dimensión histórica de María en la María pascual y gloriosa. El pueblo con su sencillez nos está remitiendo al misterio de Cristo resucitado con las llagas incorporadas en su cuerpo (p. 81).

En definitiva, ¿quién es María en la religiosidad popular? Sin duda, responde González Dorado, María es ante todo *nuestra Madre*, pero de tal manera que la persona que la encarna es la misma María que nos presenta la fe de la Iglesia con toda su complejidad y abarcando todas sus vertientes, pero en una síntesis original y propia, típicamente latinoamericana (p. 88).

Teológicamente, González Dorado sostiene que la gran función de la madre es mantener y desarrollar la dimensión humana de quienes no pueden renunciar a vivir en un mundo inhumano y duro. Esta cosmovisión y maternidad culturales quedan traducidas en una mariología básicamente sentimental y afectiva, donde es muy importante el perdón y la salvación eterna, y el auxilio, el refugio y la ayuda ante cualquier necesidad. La madre también tiene la capacidad de reunir a todos sus hijos a su alrededor. Por supuesto, esta mariología también tiene sus limitaciones, las cuales están anotadas en el libro que comentamos. En esta estructura mariológica ha surgido también María de la liberación.

La última parte del libro está dedicada a criticar y discernir esta mariología latinoamericana, apuntando algunas posibilidades de una ulterior evangelización de la misma. Probablemente hubiera sido más interesante profundizar en María de la liberación y desde esta nueva experiencia mariana, liberadora y latinoamericana, volver a preguntarse por la identidad de María

R. C.

Franz J. Hinkelammert, *La fe de Abraham y el Edipo occidental*. San José: DEI, 1989, 101 páginas.

Para Hinkelammert, el desarrollo de la sociedad occidental ha matado la capacidad de vivir de la mayoría de la humanidad y, sin embargo, este tipo de sociedad se sigue presentando como la única solución para los problemas que ella misma ha creado. En este libro, se propone Hinkelammert desenmascarar los mitos fundantes de la sociedad occidental, en particular el que asume que la libertad es creada por las estructuras y, por tanto, abogar por una desoccidentalización del mundo como condición necesaria para confrontar los gravísimos problemas que aquejan hoy a la mayor parte de los pueblos.

El libro se divide en tres capítulos, sólo de una manera un tanto general vinculados entre sí. El primero, "La fe de Abraham y el Edipo occidental," constituye el estudio central que da título al libro; el segundo, "Mercado total y democracia: la democracia y la nueva derecha en América Latina," constituye una crítica del mito de la "nueva derecha latinoamericana" que pretende fundar un orden democrático a partir del funcionamiento del libre mercado, sin ningún tipo de intervención estatal; y tercero, "Frente a la cultura de la post-modernidad, proyecto político y utopía," presenta una crítica del modernismo como cultura aún dominante, pero en la que resulta ya imposible creer.

Todo el libro constituye un apasionado alegato en favor de la vida y de aquellos procesos liberadores frente a las estructuras sociales que ahogan y matan a la persona. Para ello, Hinkelammert trata de desmontar el mito fundamental sobre el que se basa la conciencia de la sociedad occidental: el mito de la estructura que libera. Las estructuras transforman la utopía de la libertad en utopía destructora, devorando al sujeto humano. Poco importa que la utopía estructural sea la salvación religiosa ofrecida por la Iglesia, el mercado postulado por el liberalismo o la planificación exigida por el socialismo: "la sociedad occidental habla siempre de un hombre tan infinitamente digno, que en pos de él y de su libertad el hombre concreto tiene que ser destruido" (p. 11).

Frente a la interpretación más usual, Hinkelammert mantiene que la fe de Abraham no consistió en confiar en Dios aceptando sacrificar a su hijo; ésa era más bien la exigencia establecida en la ley. La fe de Abraham habría consistido, por el contrario, en no sacrificar a su hijo, escuchando la voz del Dios de vida y liberándose así de la norma legal. Pero la redacción se presta a la ambigüedad y a que el texto sea interpretado en sentido contrario; la libertad vendría de la sumisión total de Abraham a un Dios que exige la muerte de su hijo. De esta manera, la historia de Abraham se convertiría en el mito fundante de toda fe en el poder de la estructura social, cualquiera ella sea: la ley libera. No sabemos cuán defendible sea exegéticamente la interpretación de Hinkelammert, pero desde un punto de vista teológico nos parece muy correcta y mucho más fiel que la opuesta al sentido judío de la existencia y a la fe cristiana en un Dios de vida.

Los griegos carecen de un Abraham liberado, y el mito de Edipo "está concebido desde el derecho del padre de matar a su hijo. El mito encubre eso, sosteniendo la profecía según la cual el padre mata al hijo porque sabe que el hijo lo matará a él" (p. 23). Las instancias aberrantes más contemporáneas de este mito se dan, entre nosotros, cuando se elimina a los movimientos populares a fin de instaurar la demoracia (p. 67), o cuando el Fondo Monetario Internacional exige a los países ajustes económicos draconianos y reclama el pago inmisericorde de la deuda externa, que termina de ahogar a los sectores pobres, pero ello como la mejor forma de servir a los mismos pueblos. "La ideología transforma el genocidio en un acto del amor al prójimo" (p. 34). En el fondo, está el mito de que la estructura, la ley, libera cuando, en realidad, mata.

El movimiento presuntamente democratizador que se da hoy en América Latina, tan alabado por el señor Reagan, se funda en el supuesto de que "la empresa y el mercado producen la libertad, y la democracia la administra... La libertad aumenta al someterse el hombre ciegamente a una institución, que es el mercado, y al oponerse con la misma ceguera a otra, que es el Estado... La elección entre mercado y Estado nada tiene que ver con la solución de problemas concretos, sea del hambre, del desempleo, la destrucción de la naturaleza" (p. 68). Se llega así a unas democracias, completamente desvinculadas de la vigencia de los derechos humanos más fundamentales, herederas de las dictaduras militares de seguridad nacional y organizadas para mantener bajo formas democráticas el esquema de poder originado por esas dictaduras. El caso de Argentina es paradigmático. Pero también nosotros, en El Salvador, tenemos no poca experiencia sobre este tipo de democracia, hipotecada y represiva.

Hinkelammert insiste en que la libertad nunca puede identificarse con una estructura absolutizada; "la libertad posible es resultado de una interrelación entre las espontaneidades subjetivas y la autoridad, que intermedia entre tales espontaneidades en función de la creación de un orden, aunque éste sea siempre provisorio sin acabar nunca su búsqueda" (p. 101). Así, el presente libro constituye una defensa del sujeto humano frente a las estructuras, pero sin caer en el individualismo, e incluso una defensa del Estado frente al dogma del mercado libre, pero sin por ello propugnar el estatismo.

El libro es desigual, como desiguales son los tres capítulos que lo componen. En algunos momentos, da la sensación de que Hinkelammert pretende sacar demasiadas conclusiones o aplicar con excesiva facilidad su tesis fundamental, que en principio consideramos muy acertada y pertinente. Asimismo, en algunas partes se hacen afirmaciones muy gruesas, quizá no suficientemente sustentadas por la argumentación. Con todo, se trata de un libro concientizador que desenmascara e ilumina sobre el engaño ideológico en que se mueven actualmente nuestras sociedades, a las que se pretende imponer por la fuerza

soluciones que no son sino una receta de la misma droga que ha causado sus problemas.

I. M. B.

A. Alcalá Alvarado (Coord). *Historia General de la Iglesia en América Latina*, Salamanca: Sígueme, 1984, 508 páginas.

Como parte de la obra monumental del CEHILA dedicada a la historia de la Iglesia en América Latina y coordinada por E. Dussel, las editoriales Sígueme y Paulinas presentan este tomo centrado en el estudio de la Iglesia mexicana y en el cual colaboran los especialistas Alcalá, Chauvet, Gutiérrez Casillas, Martín, Medina, Bastian, Baqueiro, Alvear y García. Por el acopio bibliográfico que suministra y por el estilo historiográfico con que aborda el asunto, la presente es sin duda la obra de conjunto más valiosa sobre el tema después de los estudios de M. Cuevas de los años 50. Prologada por Mons. Sergio Méndez Arceo, la presente obra divide el área de estudio en tres grandes etapas: "La cristiandad de la época colonial (1524-1821)," "La Iglesia en la época de la emancipación (1821-1900)" y la etapa actual (1900-1976), cuyo análisis se detiene en los hechos eclesiales del post-Medellín y las vísperas de la reunión de Puebla. Entreverados con las etapas, los autores distinguen ocho períodos en la historia eclesial mexicana.

Por lo que toca a la etapa colonial dos son las novedades que la obra presenta. Ante todo el estudio de las misiones franciscanas. Chauvet ha reunido aquí en una apretada síntesis los resultados abundantes y dispersos del avance de la evangelización pionera del grupo religioso más activo en la primera época colonial. También es novedosa la revisión que Gutiérrez Casillas y Martín realizan sobre las instituciones de la Iglesia colonial como el patronato, la universidad, el desarrollo de las órdenes religiosas y la educación; es más débil, sin embargo, el análisis de los conflictos culturales y religiosos relacionados con la evangelización y el impacto de lo indígena en el proceso evangelizador. También resta aún por investigar el desarrollo de la evangelización en las disputadas regiones del norte, asunto por lo demás especialmente interesante ya que en él se encuentran implicados tanto los elementos políticos que conducirán a la propia identidad de los territorios del norte, como, sobre todo, la presencia de la Iglesia como única institución encargada de extender el control del gobierno colonial.

En lo referente al período liberal, el estudio se centra en el enfoque ideológico y político: las relaciones entre el naciente Estado independiente mexicano y la Iglesia, así como las relaciones de ésta con la Santa Sede. Lo novedoso tal vez reside en el estudio del influjo de la Iglesia en la formación de

la ideología del Estado mexicano, así como los conflictos subsecuentes. Resultan aquí especialmente iluminadores, por novedosos en la historiografía eclesiástica, los capítulos dedicados a la penetración del protestantismo en México desde mediados del siglo pasado, escritos por Baqueiro y Bastian.

El estudio de la etapa contemporánea (1900-1976) es sin duda lo más novedoso de la obra. El amplio trabajo realizado por Alvear ubica con gran acierto la situación del Estado y la Iglesia en el porfiriato, la etapa revolucionaria y el período posterior. Se responde así a la acostumbrada pregunta histórica sobre el origen del anticlericalismo en la historia política mexicana y se analiza específicamente la postura de la Iglesia frente a la "cuestión social" así como el movimiento "cristero." Se hubiera deseado un estudio complementario sobre el crecimiento de la evangelización en este período de las zonas más ajenas al despertar político de la revolución.

El análisis de las décadas iniciadas con el Vaticano II es especialmente pormenorizado en la recolección de datos, documentos y pronunciamientos (varios de ellos reunidos en los diversos anexos) y se subraya la conexión entre la Iglesia mexicana y las grandes líneas de las iglesias del resto de América Latina, atravesada por un doble momento de apertura teológico-pastoral en el postconcilio y la reacción conservadora de los años posteriores a Medellín.

Además de poder ir completando el ambicioso proyecto del CEHILA, el primero en su género, la presente obra aporta nueva luz sobre la controvertida historia de la Iglesia en México, tanto desde el análisis político y social como desde el estudio de los datos eclesiales. Prescindiendo de las evidentes lagunas (períodos, áreas y asuntos no historiados), explicables en una obra con las amplias pretensiones de la presente, tal vez el único vacío provenga de la diversidad de enfoques y estilos metodológicos con que la materia de estudio es enfocada. Como se indica en la introducción de la obra, aún queda por dar unidad a los diversos trabajos que conforman la obra.

J. M. S.

Klaiber, J. Rojas, A. *et al.* *Historia general de la Iglesia en América Latina, Tomo VIII. Perú, Bolivia y Ecuador.* Salamanca: Sígueme, 1987, 533 páginas.

El Tomo VIII de la historia de la Iglesia dirigida por CEHILA se ocupa de la histórica región indígena india, el "Tawantinsuyo" indígena, más tarde transformado en el imperio de los incas y el virreinato del Perú, lo que vendría a corresponder a las actuales naciones de Perú, Bolivia y Ecuador. Aunque hay viejos lazos que unen la historia política y religiosa de estos tres países, son muchas las diversidades nacionales y aún regionales de las mismas. Por eso, este nuevo trabajo realizado por el grupo de historiadores andinos de CEHILA

merece una sincera felicitación: es el primer intento moderno de una historia conjunta de esta región histórica y, para el caso concreto de Bolivia, es el primer ensayo de una historia de la Iglesia nacional.

Como en el resto de los volúmenes del CEHILA se parte de una periodización que divide fundamentalmente en tres grandes coyunturas las historias de las iglesias nacionales: la época colonial de cristiandad, el período de la emancipación con la formación de los estados liberales y el período contemporáneo con el ascenso al poder de las clases medias después de la primera guerra mundial. Guardando una cierta proporción en su extensión, estos tres períodos aparecen contemplados en esta obra conjunta en la que también se estudian los diferentes aspectos nacionales y en los que se incluye la perspectiva de análisis de la presencia de la causa de los pobres en el devenir histórico de las iglesias.

El estudio del período colonial ofrece una buena síntesis (algo más débil para el caso del Ecuador) sobre el sustrato de la religión indígena, la organización religiosa precolombina, así como los modelos evangelizadores utilizados por los misioneros (doctrinas, cabildos, parroquias). Hay un bosquejo sintético, pero acertado sobre el papel de los religiosos en la fase evangelizadora así como un estudio importante de los diversos concilios limeños y su significado como creativa adaptación en la tarea evangelizadora. En el estudio de la región boliviana, habría que destacar el intento por reconstruir los principales rasgos de la religiosidad popular (cofradías, santuarios, fiestas populares e iconografía). En general, se trata de una buena síntesis sobre las diversas iglesias coloniales, aunque en algunos momentos se echa de ver que a la síntesis aún necesitan preceder muchos estudios de caso en la labor de los archivos históricos civiles y eclesiásticos, vacío del que, por otra parte, adolecen muchas de las historias coloniales latinoamericanas.

La introducción de Jeffrey Klaiber al estudio de la Iglesia en la época liberal (como en general todos los aportes y síntesis de este autor) ofrece una visión bastante certera de los grandes conflictos que enfrenta la Iglesia en esta nueva etapa caracterizada por la crisis de identidad de las iglesias andinas frente al liberalismo y a su vez el avance de los diversos modelos de liberalismo anticlerical que conducirán a la gran tensión de 1821-1930. Probablemente, en este trabajo lo más novedoso resida en el intento de encontrar la racionalidad de las posiciones de los liberales en su polémico diálogo con la Iglesia. Este contexto, con las excepciones propias del caso colombiano en el que se mantiene el régimen de patronato renovado con los acuerdos entre Iglesia y Estado, explica una posición fundamentalmente defensiva de parte de la Iglesia que la llevará a reivindicar una posición política en un Estado donde el sistema de cristiandad ya ha llegado a su ocaso. No obstante, en el caso de las iglesias andinas, los historiadores subrayan la proximidad en que éstas se mantienen

hacia las grandes mayorías desde los días de la gran revuelta de Tupac Amaru en 1780. Todo el período liberal aparece, no obstante, marcado por una imagen de una Iglesia combativa a través de las acciones de sus jerarcas, incapaz de asimilar la nueva situación y obligada a un difícil acomodo en el desarrollo de sus actividades y en la organización de sus trabajos misioneros. Al fin, el balance es el de una Iglesia que, con las salvedades del caso colombiano, pierde su capacidad de impugnación ante las legislaciones liberales y vive sin conciencia histórica ante el gran proyecto bolivariano.

Las vías de recuperación comienzan a partir de la primera postguerra mundial cuando en el mundo entero, aprovechando una bonanza en los ciclos exportadores, los grupos urbanos de la clase media logran un moderado ascenso al poder. Este período, que tendría su origen con el influjo en el continente de las primeras encíclicas sociales (1891), vendría caracterizado por la decidida presencia de los laicos en la acción eclesial así como por una nueva perspectiva de interés hacia los fenómenos histórico-políticos que termina por encontrar viabilidad con el surgimiento de la democracia cristiana peruana, después de la celebración del magno congreso eucarístico de 1935. Esta nueva presencia de los laicos en la acción de la Iglesia está apoyada por el surgimiento de la Acción Católica y los movimientos estudiantiles de los años cincuenta, los cuales por un lado prepararon la conciencia de la necesidad de participar en las luchas políticas y, por otro lado, coincidieron con el final de las esperanzas reformistas (tras el fracaso de los militares peruanos) ofreciendo el paso hacia alternativas más populares del trabajo de la Iglesia, las cuales fueron confirmadas tras el Vaticano II y Medellín con la teología de la liberación.

Esta obra colectiva, además de los estudios nacionales sobre la Iglesia, ofrece tres análisis evolutivos sobre el papel de las iglesias protestantes en Bolivia y un pormenorizado estudio sobre la Iglesia de Riobamba. Con ello complementa un cuadro general de análisis original por lo sintético y sugerente para posteriores estudios pormenorizados en un área en el que los trabajos sobre la vida de la Iglesia gozan ya de una cierta tradición.

J. M. S.

Pierre Marie Beaudé. *Jesús de Nazaret*. Estella: Verbo Divino, 1988, 229 páginas.

En los últimos decenios se ha investigado mucho sobre el fundamento histórico de los datos que nos ofrecen los evangelios sobre la vida de Jesús y se han obtenido resultados sólidos sobre muchas cuestiones debatidas. Pero al no especialista no le resulta fácil orientarse en el sinfín de publicaciones sobre el tema. Mérito de la presente obra es que, de un modo sencillo y claro, ofrece al lector una información fundamental y un balance sólido, punto por punto, de los

conocimientos actuales sobre los aspectos básicos de la vida de Jesús. A la vez proporciona al lector aquellos elementos que le permiten descubrir en qué se fundamentan las conclusiones del autor, tanto sobre las fuentes de la vida de Jesús y el entorno histórico, social, político y religioso que presuponen los evangelios, como sobre aspectos concretos de la vida y predicación de Jesús (por ejemplo, sus relaciones con el Bautista, con la ley o con los paganos; su predicación, los milagros, los títulos Hijo del hombre e Hijo de Dios o su muerte).

Cada capítulo incluye la traducción de una serie de textos de la época que ayudan a comprender mejor el tema en cuestión, así como una breve bibliografía fundametal (la obra de George-Grelot que cita a menudo está traducida al español con el título *Introducción crítica al N.T.*) que permite seguir profundizando en el tema. El juicio equilibrado del autor en las cuestiones debatidas (véase, por ejemplo, lo que dice a propósito de los hermanos de Jesús en las pp. 204-206) hace que la presente obra sea muy útil para informarse, con rapidez y solidez científica, sobre lo que podemos saber hoy, desde el punto de vista histórico, sobre Jesús de Nazaret.

X. A.

